

Santas Perpetua y Felicidad

7 de marzo

Septimio Severo emitió un edicto por el que prohibía la propagación del cristianismo en el África romana. En el año 202 tuvo lugar una gran persecución, en la que, junto con otros, fueron víctimas Perpetua y Felicidad. Perpetua escribió de su propio puño la historia de su martirio. Provenía de una familia distinguida y fue educada con gran esmero; fue dada como esposa a un joven de alta condición. No renegó nunca de la fe en Cristo y fue martirizada precisamente porque no quiso hacer sacrificios a los dioses paganos, «como había sido ordenado por los inmortales emperadores». Felicidad, en cambio, era una esclava. Cuando fue detenida, estaba encinta y, según una ley vigente en aquel tiempo, las mujeres encintas no podían ser expuestas al suplicio. Felicidad dio a luz antes de tiempo a causa de las condiciones de vida de la prisión. La niña fue confiada a la custodia de una mujer cristiana. Su martirio conmovió a los presentes en la arena por la actitud absolutamente femenina con la que lo soportó. Los nombres de las dos mártires fueron incluidos en el canon romano.

LECTIO

Primera lectura: Eclesiástico 51,1-12

¹ Te doy gracias, Rey y Señor,
a ti te alabo, oh Dios, Salvador mío,

doy gracias a tu nombre;

² porque fuiste protector y apoyo para mí,
y libraste mi cuerpo de la ruina,
del lazo de la mala lengua
y de los labios que tramán la mentira.

Frente a los que me cercaban,
fuiste mi apoyo y me libraste,

³ por tu gran misericordia y por tu nombre,
de las dentelladas de los que iban a devorarme,
de la mano de los que amenazaban mi vida,
de las muchas tribulaciones que soporté,

⁴ de las llamas sofocantes que me rodeaban,
de un fuego que yo no encendí,

⁵ de las entrañas profundas del abismo,
de la lengua impura, de la palabra mentirosa,

⁶ calumnia de una lengua injusta ante el rey.

Estaba yo a punto de morir
y mi vida tocaba ya el abismo;

⁷ por todas partes me cercaban y nadie me socorría;
busqué un socorro humano y no lo había.

⁸ Entonces me acordé, Señor, de tu misericordia
y de tus obras desde siempre,
de que tú libras a los que en ti esperan
y los salvas de las manos de sus enemigos.

⁹ Elevé desde la tierra mi plegaria
y supliqué ser librado de la muerte.

¹⁰ Invoqué al Señor, padre de mi señor:
«No me abandones el día de la tribulación,
cuando me acosan los soberbios y estoy desamparado.
Alabaré tu nombre sin cesar y te daré gracias con cánticos».

¹¹ Y fue atendida mi plegaria: me salvaste de la ruina
y me libraste del trance difícil.

¹² Por eso te daré gracias y te alabaré
y bendeciré el nombre del Señor.

➡ El texto de la primera lectura es el desarrollo de la experiencia vivida y sufrida por un hombre que, constreñido por la mordaza de la violencia, la calumnia y la mentira (vv. 2ss), no obtiene ayuda ni socorro de sus semejantes (v. 7). Se encuentra, a su pesar, rodeado por

el mal, en una situación de terrible sufrimiento, particularmente expresada mediante la imagen de un fuego encendido cuyo humo le sofoca (vv. 4ss).

Vuelve, entonces, con la mente a los momentos en los que ha actuado la misericordia del Señor liberando y salvando a los que han esperado en él (v. 8). Eleva desde la tierra su plegaria, recordando precisamente las palabras del salmista: «*Él levanta del polvo al desvalido y alza del estiércol al pobre*» (Sal 113). Este hombre es escuchado y salvado de la pésima situación a la que las fuerzas contrarias al bien le habían reducido (v. 11). De su boca brota espontánea una plegaria de liberación y de alegría: después de tanta fatiga y tanto dolor, el corazón encuentra la fuerza necesaria para glorificar, dar gracias, alabar y bendecir al Señor (v. 12).

Evangelio: Mateo 10,28-33

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ²⁸ No tengáis miedo a los que matan el cuerpo pero no pueden quitar la vida; temed más bien al que puede destruir al hombre entero en el fuego eterno.

²⁹ ¿No se vende un par de pájaros por muy poco dinero? Y sin embargo ni uno de ellos cae en tierra sin que lo permita vuestro Padre. ³⁰ En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. ³¹ No temáis; vosotros valéis más que todos los pájaros.

³² Si alguno se declara a mi favor delante de los hombres, yo también me declararé a su favor delante de mi Padre celestial; ³³ pero a quien me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre celestial.

➡ Si en la primera lectura se pone de relieve la persecución, Jesús, en el evangelio, saca a la luz el valor. Nos invita a no tener miedo de quienes con violencia pretenden quitarnos la vida, y a mantenernos alejados de aquellos que quieren arrancarnos de la verdad (v. 28).

El discípulo que comparte la vida de Cristo comparte asimismo su pasión y su resurrección. Todos estamos presentes ante los ojos y en el corazón de Dios, y todo lo que somos y hacemos está ante sus ojos misericordiosos, pero que también juzgan (v. 29). El valor del discípulo nace de la fe y de la libertad, de suerte que ya no tiene nada que defender y ya no se le puede hacer chantaje. Es un valor del que dependerá el juicio final: el discípulo que defienda a Cristo ante el tribunal de los hombres será defendido después por Jesús ante el tribunal de Dios (v. 33). Jesús repite con insistencia que no hay que tener miedo (v. 31) de los hombres, de los que nos harán mal, porque todo lo que nos pueda pasar, ya lo ha pasado él, por eso com-padece nuestro dolor (*cf.* Heb 4,15).

MEDITATIO

En la vida de estas dos mártires se reconoce la continua presencia y acción del Espíritu Santo, que suscita en el corazón de cada hombre el deseo de la verdad y da la fuerza necesaria para soportar hasta las penas más graves que el hombre es capaz de infligir a sus semejantes. La culpa de santa Perpetua y de santa Felicidad era ser cristianas, fieles cristianas que prefirieron a Cristo y no a los dioses paganos. ¡Y qué rabia hicieron brotar en sus perseguidores por el hecho de no obedecerles! Una vez que hubo dirigido la mirada al Señor, santa Perpetua recibió la gracia de tener tres visiones que dan respuesta a su fe y encontró tal fuerza para soportar el martirio que, tras haber sido agredida por una vaca que la había tirado al aire con los cuernos, se levantó y, al ver a Felicidad, que yacía en el suelo casi muerta (también ella había sido derribada por la vaca), se le acercó, le dio la mano y la levantó del suelo. Perpetua parecía una persona salida de un profundo sueño –pero era un éxtasis– y, mirando alrededor, preguntó,

ante el estupor de todos: «¿Cuándo seremos expuestas a esta vaca?».

Si Perpetua se mostró tan fuerte y animosa, Felicidad no lo fue menos. El amor al Señor de la primera se comunicó tan radical y profundamente a la segunda que hizo de ambas un único pan partido por Cristo. Felicidad estaba deseosa de purificarse con el segundo bautismo del martirio; el día en que esto tuvo lugar, se sintió colmada de alegría, porque, por fin, consiguió la liberación.

Ser de Cristo significa ser personas libres, capaces de hacer frente a cualquier situación con la cabeza alta y con una fuerza extraordinaria que ni siquiera es posible concebir con la mente. Nuestras dos santas mártires son el testimonio de que todo es posible en el Señor y de que «*la gracia vale más que la vida*», como canta el salmo 62.

ORATIO

¡Oh mártires fuertes y bienaventuradas! Habéis sido verdaderamente llamadas y elegidas para dar a conocer la gloria de Cristo, nuestro Señor. Nosotros miramos y aprendemos de vuestro ejemplo para la edificación de la Iglesia y para poder decir a todos los hombres de la tierra que el Espíritu Santo obra también en nuestros días junto con Dios Padre omnipotente y con su Hijo Jesucristo, el cual es gloria, luz y poder por los siglos de los siglos. Amén («*Passione di S. Perpetua e Felicita e dei loro compagni*», en I. Clerici [ed.], *Atti autentici dei martiri*, Milán 1927, pp. 178ss).

CONTEMPLATIO

[*Cuenta Perpetua:*] Estando yo –dice ella– con los perseguidores, como mi padre, guiado por el amor natural,

se esforzase por desviarme de mi propósito y perderme, le dije: «Padre mío, ¿ves en el suelo ese vaso o jarro, o como se le quiera llamar?» Y le respondió: «Lo veo». Entonces yo le dije: «¿Acaso se le puede llamar de otro modo?», y él me contestó: «No». De la misma manera, yo no me puedo llamar otra cosa que «cristiana» («Pasión de las santas Perpetua y Felicidad y sus compañeros mártires», traducción de J. Bollando, en *Acta sanctorum*, 6 marzo t. I.).

ACTIO

Repite con frecuencia y medita durante esta jornada con santa Perpetua:

«Es mejor hacer sacrificios a Dios que a los ídolos».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En los antiguos relatos de martirio aparece clara la dimensión de éste como *imitatio Christi* y, aún más allá, en la misma línea, como momento que procura una presencia especial del Señor en quien sufre por él. De este modo, el testigo acerca lo humano a lo divino y se diferencia del héroe pagano o del filósofo que se oponen al tirano, que también siguen las huellas demostrando la misma fuerza en el sufrimiento. Como la muerte del héroe o del filósofo exalta al hombre, el martirio del cristiano exalta a Dios. Según las palabras de los documentos que nos han llegado, en el caso del cristiano se trata de una transformación antropológica radical, una transformación que da frutos incomprensibles: la serenidad y la compostura frente a situaciones alucinantes, convirtiendo el dolor en alegría; la insensibilidad a los tormentos, la victoria sobre la muerte, la visión beatífica. «Si ahora sufres así —le dice un guardián de la cárcel a Felicidad, presa de los dolores [del parto]—, ¿qué harás cuando seas echada como comida a las fieras, a las que también has despreciado cuando no has querido ofrecer sacrificios?». «Ahora —responde Felicidad—

soy yo la que tiene que sufrir lo que sufro; allí, en cambio, será otro el que sufrirá por mí, porque también yo sufriré por él» (*Passio perpetuae*, 15). Lo que equivale a afirmar que el verdadero protagonista del acontecimiento no es el hombre, sino el mismo Cristo.

En la visión religiosa que nos proporcionan las *Actas* y las *Pasiones* no faltan la presencia y la invocación, aunque menos relevantes, al Espíritu Santo. En el *Martirio de Policarpo*, el obispo de Esmirna bendice a Dios por haberle hecho digno de aquella hora, por tener parte en el número de los mártires en el cáliz de Cristo, por la resurrección en la vida eterna, en la incorruptibilidad del Espíritu Santo [...]. De Irene, muerta en Tesalónica durante la persecución de Diocleciano, se dice que la gracia del Espíritu Santo la había protegido pura e intacta en el Señor y Dios del universo. Por consiguiente, el mártir cristiano de los primeros siglos es alguien que rechaza la idolatría, en cualquier forma que se presente, porque reconoce en Dios al omnipotente, al creador y al padre; en Cristo al Señor y al Salvador, Dios e Hijo de Dios, por eso le sirve y en él pone su única confianza; en el Espíritu Santo al que le conforta, protege e ilumina en el camino que conduce a la eternidad, hacia la casa última y pacificada de Dios [...].

Así, mucho más allá de las capacidades, los límites, las virtudes, las debilidades o los pecados del hombre –como enseñan las palabras de Felicidad de las que hemos hablado–, la gracia de Dios, acogida por el hombre que se convierte, marca con un carácter esencial el acto del martirio cristiano, lo corona y lo hace perfecto; éste, que es siempre un anuncio, se vuelve para los hombres manifestación de una dimensión escatológica (P. Siniscalco, «I martiri della chiesa primitiva», en AA. VV., *Martiri, giudizio e don per la chiesa*, Turin 1981, 19ss).

San Juan de Dios

8 de marzo

Juan nació en Portugal el año 1495. De joven llevó una vida de juergas y aventuras y, después de una milicia llena de peligros, se entregó por completo al servicio de los enfermos. Desde entonces era en él habitual que, cuando se encontraba con un pobre, se despojara de lo que llevaba encima para dárselo. Finalmente, decidió quedarse en Granada y fundó allí un hospital para los enfermos y abandonados de la sociedad. Vinculó su obra a un grupo de compañeros, que constituyeron después la llamada orden de los hospitalarios de san Juan de Dios. Destacó, sobre todo, por su caridad con los enfermos y necesitados. Murió en Granada en el año 1550.

LECTIO

Primera lectura: 1 Juan 3,14-18

Hermanos:

¹⁴ Nosotros hemos pasado de la muerte a la vida: lo sabemos porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en la muerte.

¹⁵ El que odia a su hermano es un homicida. Y sabéis que ningún homicida lleva en sí vida eterna.

¹⁶ En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestras vidas por los hermanos.

¹⁷ Si uno tiene de qué vivir y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios?

¹⁸ Hijos míos, no amemos con palabras y solamente de boca, sino con obras y de verdad.

➔ Para el apóstol y evangelista, pasar «*de la muerte a la vida*» es pasar de la condición de pecado a la de amor y amistad con Dios, que es el autor de la verdadera vida. El auténtico amor se manifiesta sobre todo en dar por los demás lo que uno más aprecio tiene para sí mismo: la propia vida. Es lo que hizo Jesucristo por todos los hombres al asumir los pecados de la humanidad, cargar con ellos, morir en la cruz, enterrar el pecado y resucitar a la verdadera vida: la vida eterna. Pero todo esto no es sólo una cuestión afectiva, sino que debe ir acompañado de un amor efectivo y real, esto es, «*con obras y de verdad*».

Evangelio: Marcos 10,17-23

En aquel tiempo, ¹⁷ cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?».

¹⁸ Jesús le contestó: «¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios. ¹⁹ Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre».

²⁰ Él replicó: «Maestro, todo eso lo he cumplido desde pequeño».

²¹ Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo: «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres –así tendrás un tesoro en el cielo–, y luego sígueme».

²² Ante estas palabras, él frunció el ceño y se marchó pesadoso, porque era muy rico.

²³ Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: «Hijos, ¡qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios!».

➡ El apego y la estima por el dinero y las riquezas hace difícil, si no imposible, entrar en el Reino de Dios; impide obtener la «vida eterna» que el joven-rico de este texto buscaba («*Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?*»: Mc 10, 17) y que, en su respuesta, Jesús define como el «*tesoro en el cielo*».

¿Qué es lo que la riqueza hace difícil aceptar? ¿Quizás a Dios? ¡Al contrario! El rico está muy dispuesto a aceptar a Dios, hasta tal punto que éste le viene presentado como el garante del orden establecido, del derecho de propiedad, un Dios que está contra la violencia... Lo que el rico no acepta del Reino de Dios, predicado por Jesús, es que éste exige el amor al prójimo con todas las consecuencias, que éste exige que no se le deje a Lázaro morir fuera de la puerta (cf. Lc 16, 19ss). Pero el joven rico está horrorizado con el pensamiento de tener que dividir y compartir sus riquezas con los pobres.

MEDITATIO

«*El amor al dinero es la raíz de todos los males*» (1 Tim 6, 10). Pocas frases de la Escritura estarían los hombres de hoy dispuestos a suscribir tan de buena gana como ésta, pues detrás de los más graves males de nuestra sociedad (tráfico de drogas, mafia, secuestros de personas, corrupción política, fabricación y comercio de armas, explotación de la prostitución...) está el dinero o, al menos, está *también* el dinero.

Nosotros –los cristianos– no hemos sido llamados a serlo sólo para denunciar al ídolo dinero y a la riqueza.

za inicua. Y Jesús no deja a nadie sin ninguna esperanza, ¡ni siquiera al rico! Cuando los discípulos, a continuación de lo dicho sobre lo del camello y el agujero de la aguja, espantados, preguntaron a Jesús: «¿Y quién se podrá salvar?», él les respondió: «*Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios*» (Lc 18,26-27). Dios puede salvar igualmente al rico. El punto crucial no es «si el rico se salva» (esto no ha estado nunca en discusión en la tradición cristiana) sino «¿qué rico se salva?»

A los ricos, Jesús les añade una vía de salida para su peligrosa situación: «*Acumulad mejor tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni la carcoma echan a perder las cosas y donde los ladrones no socavan ni roban*» (Mt 6,20). Y también: «*Hacedos amigos con los bienes de este mundo. Así, cuando tengáis que dejarlos, os recibirán en las moradas eternas*» (Lc 16,9).

Por ello, Jesús aconseja a los ricos trasladar sus capitales «al extranjero». Pero no a Suiza u otro paraíso fiscal, sino ¡*al cielo!* Está claro, por otra parte, que la limosna y la beneficencia ya no son hoy el único modo de hacer que la riqueza sirva al bien común, y quizá ni siquiera sean lo más recomendable. Junto a ellas, está también lo de pagar honestamente las tasas, impuestos y tributos, crear nuevos puestos de trabajo, dar un salario más generoso a los trabajadores cuando lo permita la situación, poner en marcha empresas locales en los pueblos en vías de desarrollo...

ORATIO

Señor, tú que infundiste en san Juan de Dios espíritu de misericordia, haz que nosotros, practicando las obras de caridad y de amor con los pobres, merezcamos encontrarnos un día entre los elegidos de tu Reino.

CONTEMPLATIO

En esta fiesta, es necesario, a modo de síntesis, descubrir la vida de san Juan de Dios y resaltar su acción social contemplando en él los siguientes puntos:

– Una especial sensibilidad humano-cristiana y social, que va en busca de las personas necesitadas.

– No poner condición alguna para la asistencia y actuar con absoluta universalidad. Todo necesitado tiene derecho a nuestros cuidados.

– Desarrollar una asistencia cualificada en la medida de las posibilidades (promover el aseo personal, aplicar tratamientos, separar a los enfermos en función de su patología...). Todo ello le ha valido a Juan de Dios ser considerado por los historiadores de la enfermería como un auténtico creador de escuela.

– Ofrecer solicitud de recursos a toda la sociedad, sin distinción de clase ni posición (así lo hace Juan atendiendo al pueblo llano, duquesas, al propio rey, al que visitará en Valladolid...). La llamada a la solidaridad mediante la limosna no tiene fronteras.

– Juan convoca a personas que quieran colaborar en su obra y las integra plenamente, llegando a delegar en ellas su propio hospital cuando debe ausentarse para buscar recursos.

– En todo ello hay un hilo conductor claro: la atención integral al hombre necesitado, al enfermo, respetando su dignidad y defendiendo sus derechos.

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra del Señor:
«¿Quién nos separará del amor de Cristo?» (Rom 8,35).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

«*Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*» (Jn 13,1). Como es sabido, a diferencia de los otros evangelios, el de Juan no se detiene a narrar la institución de la eucaristía, ya evocada por Jesús en el discurso de Cafarnaún (cf. Jn 6,26-65), leída en la fiesta del Jueves Santo, sino que se concentra en el gesto del lavatorio de los pies. Esta iniciativa de Jesús, que desconcierta a Pedro, antes que ser un ejemplo de humildad, propuesto para nuestra imitación, es la revelación de la radicalidad de la condescendencia de Dios hacia nosotros. En efecto, es Dios quien, en Cristo, «*se ha despojado a sí mismo*» y ha asumido la «*forma de siervo*» hasta la humillación extrema de la cruz (cf. Flp 2,7), para abrir a la humanidad el acceso a la intimidad de la vida divina. Los extensos discursos que en el evangelio de Juan siguen al gesto del lavatorio de los pies, y son como su comentario, introducen en el misterio de la comunión trinitaria, a la que el Padre nos llama insertándonos en Cristo con el don del Espíritu.

Esta comunión es vivida según la lógica del mandamiento nuevo: «*Como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros*» (Jn 13,34). No por casualidad, la oración sacerdotal corona esta «*mistagogia*» mostrando a Cristo en su unidad con el Padre, dispuesto a volver a él a través del sacrificio de sí mismo y únicamente deseoso de que sus discípulos participen de su unidad con el Padre: «*Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros*» (Jn 17,21)» (cf. *Carta de Juan Pablo II a los sacerdotes en el Jueves Santo de 2000*, Arzobispado de Valencia, n. 4).

San Patricio, obispo

17 de marzo

El futuro apóstol de Irlanda nació en el año 372, pero no se sabe con exactitud el lugar. Algunos lo sitúan en Inglaterra, otros en Francia o Escocia. Sin embargo, algo sabemos de sus padres. Su madre, Concessa, pertenecía a la familia de san Martín, obispo de Tours, y su padre, Calturnio, fue oficial del Ejército romano, de buena familia. Ambos fueron cristianos. En el bautismo, el niño recibió el nombre de Succat –el nombre de Patricio le fue dado más tarde por el papa Celestino, junto con la misión de predicar el Evangelio en Irlanda–. Allí, una vez afirmada la posición de la Iglesia (misión recibida del papa Celestino), Patricio empezó a prepararse para la muerte, habiendo recibido de Dios una revelación en la que le decía el día y la hora en que iba a salir de este mundo para recibir el premio a sus trabajos. San Tassack le dio los últimos sacramentos, y el 17 de marzo del año 493 murió en la ciudad de Saul. Fue enterrado en el lugar donde hoy está la catedral de Down.

LECTIO

Primera lectura: Tobías 12,6-13

⁶ Entonces Rafael llamó aparte a los dos y les dijo:

–Benedicid a Dios y reconoced ante todos los seres vivos todo el bien que Dios os ha hecho, para que todos bendigan y

alaben su nombre. Proclamad como es debido las acciones de Dios a todos los hombres y no os canséis de darle gracias. ⁷ Es bueno guardar el secreto del rey, pero hay que proclamar y reconocer como es debido las obras de Dios. Haced el bien, y el mal no os alcanzará. ⁸ Es encomiable la oración sincera, y la limosna hecha con rectitud vale más que la riqueza lograda con injusticia. ⁹ La limosna libra de la muerte y purifica de todo pecado. Los que dan limosna y son honrados recibirán vida superabundante. ¹⁰ Pero los que pecan y son injustos son enemigos de sí mismos. ¹¹ Os voy a decir toda la verdad sin ocultaros nada. Ya os he dicho que es bueno guardar el secreto del rey y que hay que proclamar las obras de Dios abiertamente. ¹² Así pues, cuando tú y Sara orabais, yo presentaba el memorial de vuestra oración delante de la gloria del Señor. Y lo mismo hacía cuando enterrabas a los muertos. ¹³ Y cuando no dudaste en interrumpir tu comida para ir a sepultar a aquel muerto, fui yo el enviado para ponerte a prueba.

➔ «*La limosna libra de la muerte y purifica de todo pecado. Los que dan limosna y son honrados recibirán vida superabundante*», dice el libro de Tobías. De ahí la importancia de la limosna. *Amar* a los pobres significa, ante todo, respetarles y reconocer su dignidad. En ellos, precisamente por la falta de otros títulos y distinciones accesorias, brilla más la radical dignidad de un ser humano con una luz radiante. El amor a Cristo y el amor a los pobres se corresponden y se exigen mutuamente. Hay personas que desde el amor a Cristo han sido conducidas al amor a los pobres, como Francisco de Asís y Charles de Foucauld, y hay personas, como Simone Weil, que desde el amor a los hombres trabajadores han sido conducidas al amor a Cristo.

Los escritos de Patricio, especialmente la *Confesión* y la *Epístola ad Coracticurn*, nos permiten ver con bastante claridad el carácter y la personalidad del apóstol de Irlanda. Este hombre sencillo, con un gran espíritu de humildad y de pobreza, demuestra al mismo tiempo un celo en su apostolado y una fortaleza que recuerdan a los apóstoles de Jesús y a los profetas del Antiguo Testamento.

Evangelio: Lucas 12,32-34

³² No temáis, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha querido daros el Reino. ³³ Vended vuestras posesiones y dad limosna. Acumulad aquello que no pierde valor, tesoros inagotables en el cielo, donde ni el ladrón se acerca ni la polilla roe.

³⁴ Porque donde está vuestro tesoro, allí está vuestro corazón.

➔ Al deber de amar y respetar a los pobres dándoles limosna le sigue imperiosamente el de socorrerles. Aquí nos viene en ayuda el mismo Santiago, cuando nos dice: *«Si un hermano o una hermana están desnudos y faltos del alimento cotidiano, y uno de vosotros les dice: “Id en paz, calentaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para su cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe: si no tiene obras, está muerta en sí misma»* (Sant 2,15-17). Jesús en el juicio no dirá: *«Estaba desnudo y habéis tenido compasión de mí»* sino: *«Estaba desnudo y me vestisteis»* (Mt 25,36). Así ha de ser la caridad hacia los pobres y necesitados.

MEDITATIO

En el año 388, cuando Patricio tenía 16 años, unos piratas le hicieron prisionero y lo llevaron a Irlanda, donde fue vendido como esclavo a Milcho, jefe de Dalraida, en el norte de la isla. Según sus *Confesiones*, pasó la vida de esclavitud cuidando de las ovejas de su amo. La divina Providencia utilizó esta etapa de su vida para prepararle para su futura misión, porque, en el silencio de las montañas, Patricio se dedicó muchas veces a la oración de día y de noche, de manera que podemos afirmar sin reparo que este período de su esclavitud llegó a ser también el principio de su santidad.

Un día, durante sus habituales oraciones, Dios le mandó un ángel para consolarle en su miseria y para

revelarle la futura gloria de Irlanda. Al mismo tiempo, el ángel le mandó escapar de su dueño y dirigirse a un puerto lejano, donde encontraría un barco que le llevaría a la libertad. Patricio obedeció este mandato divino y, efectivamente, al llegar a su destino, en el sur de la isla, encontró el barco tal como le había dicho el ángel. Pero el capitán se negó a ayudarle en su propósito de escapar; sin perder sus esperanzas, Patricio se puso a rezar y, de repente, el capitán cambió de parecer: le mandó subir al barco y le llevó a Francia.

Una vez conseguida la libertad, Patricio se refugió con su pariente, san Martín de Tours, quien le recibió en un monasterio cerca de Marmontier. Allí el obispo había construido pequeñas casas para algunos de sus monjes, mientras otros vivían en unas cuevas cercanas. En estas condiciones de vida ermitaña el joven pasó casi treinta años preparándose para su misión de apóstol. Los monjes vivían separados, reuniéndose solamente para rezar en común dos o tres veces al día, según la costumbre de los monasterios orientales. En este ambiente de tranquilidad, Patricio empezó el estudio de las sagradas Escrituras, empapándose cada día más en la doctrina evangélica. Aquí también recibió otra visita angélica, en la que Dios le reiteraba el mandato de convertir a la verdadera religión al pueblo de Irlanda. Al mismo tiempo, oyó la voz de un irlandés llamándole para que volviese como misionero al país de su esclavitud.

Cuando murió san Martín, otro santo, Germán de Auxerre, tomó a Patricio bajo su protección, de manera que puede decirse que, bajo la tutela de él, Patricio empezó la verdadera preparación para su misión. Primero se hizo monje, luego sacerdote y después se fue a la isla de Lerins, aislado del mundo, donde continuó su vida de eremita. Atraídos por la fama de su santidad, muchos otros monjes quisieron reunirse con él, y muy pronto Lerins llegó a ser uno de los más famosos monasterios del mundo. Sin embargo, Patricio se dio cuenta de su

obligación de prepararse cada día más para la misión que Dios le había confiado, y se marchó a Roma para continuar sus estudios en el Colegio de Letrán.

Patricio empezó su apostolado de Irlanda cuando tenía 60 años. Como las gentes del pueblo de Bray no querían recibirle ni oírle, se marchó de nuevo al condado de Meath, donde convirtió a su primer irlandés, bautizándole con el nombre de Benigno, quien llegó a ser el sucesor de Patricio en el arzobispado de Armagh. Tras predicar unos meses en Meath, pasó al condado de Down, más al norte, y fue entonces cuando empezó a realizar una serie de milagros que nos recuerdan las escenas más famosas del Antiguo Testamento.

Un tal Dichu, jefe de una tribu de Down, quiso asesinar a Patricio, pero, en el momento de intentar clavarle la espada, el santo le paralizó el brazo y, luego, le convirtió a la fe junto con muchos de sus súbditos. De Down viajó otra vez hacia el norte, llegando al territorio de su antiguo dueño, Milcho; éste, sin embargo, en vez de recibirle, se suicidó tras prender fuego a todas sus posesiones. Pero sus hijos se convirtieron junto con mucha gente de la región. Era ya Pascua de Resurrección del año 433. Patricio había estado en Irlanda sólo un año; sin embargo, el éxito de su misión estaba casi seguro.

En el año 444 construyó la iglesia de Armagh, y desde allí viajó constantemente por todas las provincias, construyendo iglesias, consagrando obispos y fundando monasterios. Según una tradición bien fundada, cuando murió había consagrado a 350 obispos y ordenado a más de dos mil sacerdotes.

ORATIO

Oh Dios, que elegiste a tu obispo san Patricio para que anunciara tu gloria a los pueblos de Irlanda, concé-

denos, por su intercesión y sus méritos, a cuantos nos gloriamos de llamarnos cristianos, la gracia de proclamar siempre tus maravillas delante de los hombres.

CONTEMPLATIO

Entregarse y entregar la propia vida a la causa del Evangelio fue la tarea primordial de san Patricio, que no ahorró sacrificios ni humillaciones. Así debe ser la postura del cristiano, puesto que el Maestro actuó así. Siguiendo sus huellas, podremos adentrarnos en una vida singular y cargada constantemente de cruces y vejaciones. Que estas palabras de la Escritura: «*Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance los confines de la tierra*» (Tob 13,11; Is 51,4; 60,3) sean la meta de nuestra actividad pastoral y apostólica, como lo fueron para Patricio.

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra del Señor: «*Donde está vuestro tesoro, allí está vuestro corazón*» (Lc 12,34).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Sin cesar doy gracias a Dios –manifestaba Patricio–, porque me mantuvo fiel en el día de la prueba. Gracias a él puedo hoy ofrecer con toda confianza a Cristo, quien me liberó de todas mis tribulaciones, el sacrificio de mi propia alma como víctima viva, y puedo decir: ¿Quién soy yo, y cuál es la excelencia de mi vocación, Señor, que me has revestido de tanta gracia divina? Tú me has concedido exultar de gozo entre los gentiles y proclamar por todas partes tu nombre, lo mismo en la prosperidad que en la adversidad. Tú me has hecho comprender que

cuanto me sucede, lo mismo bueno que malo, he de recibirlo con idéntica disposición, dando gracias a Dios, que me otorgó esta fe inmovible y que constantemente me escucha. Tú has concedido a este ignorante el poder realizar en estos tiempos esta obra tan piadosa y maravillosa, imitando a aquellos de los que el Señor predijo que anunciarían su Evangelio *para que llegue a oídos de todos los pueblos*. ¿De dónde me vino después este don tan grande y tan saludable: conocer y amar a Dios, perder mi patria y a mis padres y llegar a esta gente de Irlanda, para predicarles el Evangelio, sufrir ultrajes de parte de los incrédulos, ser despreciado como extranjero, sufrir innumerables persecuciones hasta ser encarcelado y verme privado de mi condición de hombre libre, por el bien de los demás? Si Dios me juzga digno de ello, estoy dispuesto a dar mi vida gustoso y sin vacilar por su nombre, gastándola hasta la muerte (cf. «Confesión de san Patricio», caps. 14-16, *Patrología latina* 53, 808-809).

San José

19 de marzo

José, descendiente de David, era, probablemente, de Belén. Por motivos familiares o de trabajo, se trasladó más tarde a Nazaret, y allí se convirtió en esposo de María. El ángel de Dios le comunicó el misterio de la encarnación del Mesías en el seno de María, y José, hombre justo, aceptó, aunque no sin haber padecido una dura crisis interior.

Se fue después a Belén, para el nacimiento del niño, y tuvo que huir a Egipto, de donde volvió para ir de nuevo a Nazaret. Cuando Jesús tiene doce años, vemos a José y a María en Jerusalén, donde encontraron a su hijo entre los doctores del templo. A continuación, el evangelio calla. Es posible que muriera antes del comienzo de la vida pública de Jesús.

LECTIO

Primera lectura: 2 Samuel 7,4-5a.12-14a.16

En aquellos días, ⁴ el Señor dirigió esta palabra a Natán:

⁵ -Ve a decir a mi siervo David: Esto dice el Señor:

¹² Cuando hayas llegado al final de tu vida y descanses con tus antepasados, mantendré después de ti el linaje salido de tus entrañas y consolidaré su reino. ¹³ Él edificará una casa en mi honor y yo mantendré para siempre su trono real. ¹⁴ Seré para

él un padre y él será para mí un hijo. ¹⁶ Tu dinastía y tu reino subsistirán para siempre ante mí, y tu trono se afirmará para siempre.

➔ Esta primera lectura nos habla, con acentos históricos y teológicos, de la descendencia de David, que reinará para siempre. Seguramente, la profecía de Natán alude a Salomón, hijo de David y constructor del templo. Sin embargo, las palabras «*consolidaré su reino*» (v. 12) indican una larga descendencia sobre el trono de Judá. Esta descendencia tuvo un final histórico, y entonces el oráculo recibió fuerza profética con una velada alusión referente al Mesías, descendiente de David. Él reinará para siempre en su reino, un reino que no será de este mundo, sino espiritual, según el designio de Dios para la salvación de la humanidad. La tradición cristiana ha releído siempre este fragmento como profético y mesiánico, aplicándolo a Jesús, Mesías descendiente de David, y, de modo indirecto, también a José, último eslabón de la genealogía davídica y transmisor de la herencia histórica de la promesa divina hecha a Israel.

Segunda lectura: Romanos 4,13.16-18.22

Hermanos: ¹³ Cuando Dios prometió a Abrahán y a su descendencia que heredarían el mundo, no vinculó la promesa a la ley, sino a la fuerza salvadora de la fe. ¹⁶ Por eso la herencia depende de la fe, es pura gracia, de modo que la promesa se mantenga segura para toda la posteridad de Abrahán, posteridad que no es sólo la que procede de la ley, sino también la que procede de la fe de Abrahán. Él es el padre de todos nosotros, ¹⁷ como dice la Escritura: *Te he constituido padre de muchos pueblos*; y lo es ante Dios, en quien creyó, el Dios que da vida a los muertos y llama a la existencia a las cosas que no existen.

¹⁸ Contra toda esperanza creyó Abrahán que sería padre de muchos pueblos, según le había sido prometido: *Así será tu descendencia*. ²² Lo cual le fue tenido en cuenta para alcanzar la justicia.

➔ En su intento de desarrollar la lección que deriva del acontecimiento de Abrahán, el apóstol establece un fuerte contraste entre la ley y la justicia que viene de la fe. En primer lugar, Pablo pone de relieve el hecho de que la promesa de Dios a Abrahán no depende de la ley, y por eso establece, de modo inequívoco, que la promesa de Dios es absoluta, preveniente e incondicionada. En segundo lugar, el apóstol ratifica que la fe es la única vía que lleva a la justicia, esto es, a la acogida del don de la salvación. En este aspecto, la lectura se aplica espléndidamente a José, hombre justo. Los verdaderos descendientes de Abrahán son no tanto los que viven según las exigencias y las pretensiones de la ley, sino más bien los que acogen el don de la fe y viven de él con ánimo agradecido. Desde esta perspectiva, Pablo define como «herederos» de Abrahán a los que han aprendido de él la lección de la fe y no sólo la obediencia a la ley. Se trata de una herencia extremadamente preciosa y delicada, porque reclama y unifica diferentes actitudes de vida, todas ellas reducibles a la escucha de Dios, que habla y manda, que invita y promete.

La fe de Abrahán, precisamente porque está íntimamente ligada a la promesa divina, puede ser llamada también «esperanza»: «*Contra toda esperanza creyó Abrahán*» (v. 18). De este modo, Abrahán entra por completo en la perspectiva de Dios, «*que da vida a los muertos y llama a la existencia a las cosas que no existen*» (v. 17b). Y así, mediante la fe, todo creyente puede convertirse en destinatario y no sólo en espectador de acontecimientos tan extraordinarios que sólo pueden ser atribuidos a Dios. Éste fue el caso de José.

Evangelio: Mateo 1,16.18-21.24

¹⁶ Y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Mesías.

¹⁸ El nacimiento de Jesús, el Mesías, fue así: su madre, María, estaba prometida a José y, antes de vivir juntos, resultó que había concebido por la acción del Espíritu Santo. ¹⁹ José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió separarse de ella en secreto. ²⁰ Después de tomar esta decisión, el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo:

–José, hijo de David, no tengas reparo en recibir a María como esposa tuya, pues el hijo que espera viene del Espíritu Santo. ²¹ Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados.

²⁴ Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado.

➔ En el evangelio de Lucas se encuentra el anuncio del ángel a María; en el de Mateo, en cambio, encontramos el anuncio a José. En este anuncio, el ángel manifiesta a José su misión de padre «davídico» del hijo que, concebido por María, «*por acción del Espíritu Santo*», será el Mesías de Israel, el Salvador (significado del nombre hebreo «Jesús»).

Es probable que José conociera ya el misterio de la concepción, porque la misma María se lo podía haber revelado. Su dificultad o crisis interior no era tanto la aceptación del misterio como aceptar la paternidad y la misión de ser el padre legal ante la sociedad, guía y educador del que debía ser el Maestro de Israel. Su humildad (su justicia), iluminada por las palabras del ángel, le hace aceptar después, plenamente, el designio de Dios.

En la parte del fragmento evangélico omitida por la liturgia (vv. 22-23.24b-25) se alude al cumplimiento de la Escritura en la célebre profecía de Isaías sobre la Madre del Mesías, al significado del nombre «Enmanuel» («*Dios-con-nosotros*») y al nacimiento de Jesús, al que José impuso, efectivamente, este nombre, recibido del ángel. Estos versículos enriquecen desde el punto de vista teológico el fragmento y proporcionan al conjunto una hermosa unidad.

MEDITATIO

Los fragmentos de la Escritura nos ofrecen un marco histórico y profético, es decir, nos hablan de una historia verdadera, en la que, sin embargo, ha subintrado la acción de Dios según un designio que recorre todo el mensaje bíblico.

En el fondo de la primera lectura y en el centro del evangelio aparece la figura de José, llamado «*hombre justo*» (Mt 1,19). Esta justicia debe verse, como sugiere la segunda lectura, en la acogida con ánimo agradecido y conmovido del don de la fe, en la rectitud interior y en el respeto a Dios y a los hombres, a la Ley y a los acontecimientos.

A José le resulta difícil aceptar esa paternidad que no es suya y, después, la enorme responsabilidad que supone ser el maestro y el guía de quien habría de ser un día el Pastor de Israel. Respeto, obediencia y humildad figuran en la base de la «justicia» de José, y esta actitud interior suya –junto a su misión, única y maravillosa– le han situado en la cima de la santidad cristiana, junto a María, su esposa.

José brilla sobre todo por estas actitudes radicalmente bíblicas, propias de los grandes hombres elegidos por Dios para misiones importantes, que siempre se consideraban indignos e incapaces de las tareas que Dios les había confiado (baste con pensar en Abrahán, Moisés, Isaías, Jeremías...). Dios sale, después, al encuentro de estos amigos suyos otorgándoles fortaleza y fidelidad.

ORATIO

«San José, mi predilecto,
ven a mi casa, que te espero.

Ven y mira, tú sabes qué falta,
ven y fíjate, trae lo que falta.

Y si algo no es para mi casa,
ven y llévatelo...»

«San José, maestro de la vida interior,
enséñame a orar, a sufrir y a callar»
(*Oraciones populares a san José*).

CONTEMPLATIO

El sacrificio total que José hizo de toda su existencia a las exigencias de la venida del Mesías a su propia casa encuentra una razón adecuada en su insondable vida interior, de la que le llegan mandatos y consuelos singularísimos, y de donde surge para él la lógica y la fuerza –propia de las almas sencillas y limpias– para las grandes decisiones, como la de poner enseguida a disposición de los designios divinos su libertad, su legítima vocación humana, su fidelidad conyugal, aceptando de la familia su condición propia, su responsabilidad y peso, y renunciando, por un amor virginal incomparable, al natural amor conyugal que la constituye y alimenta.

Esta sumisión a Dios, que es disponibilidad de ánimo para dedicarse a las cosas que se refieren a su servicio, no es otra cosa que *el ejercicio de la devoción*, la cual constituye una de las expresiones de la virtud de la religión (Juan Pablo II, *Redemptoris custos*, 26).

ACTIO

Repite con frecuencia y ora hoy con José:

«Cantaré eternamente el amor del Señor» (Sal 88,2a).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Al sur de Nazaret se encuentra una caverna llamada Cafisa. Es un lugar escarpado; para llegar a él, casi hay que trepar. Una mañana, antes de la salida del sol, fui allí. No me di cuenta del paisaje, muy bello, ni de las fieras, ni del canto de mil pájaros... Estaba yo fuertemente abatido; sin embargo, experimentaba en el fondo del corazón que habría de saber algo de parte del Señor.

Entré en la gruta; había un gran vano formado por rocas negras con diferentes ángulos y corredores. Había muchas palomas y murciélagos, pero no hice ningún caso. Solo en aquel recinto severo no exento de majestad, me senté sobre una esterilla que llevaba conmigo. Puse, como Elías, mi cara entre las rodillas y oré intensamente. Tal vez por la fatiga o la tristeza, en cierto momento me adormecí. No sé cuánto tiempo estuve en oración y cuánto tiempo adormecido. Pero allí, en aquella gruta que nunca podré olvidar, durante aquellos momentos de silencio, me pareció ver un ángel del Señor, maravilloso, envuelto en luz y sonriente.

«José, hijo de David –me dijo–, no tengas miedo de acoger a María, tu esposa, y quedarte con ella. Lo que ha sucedido en ella es realmente obra del Espíritu Santo: tú lo sabes. Y debes imponer al niño el nombre de Jesús. Tu tarea, José, es ser el padre legal ante los hombres, el padre davídico que da testimonio de su estirpe... Y has de saber, José, que también tú has encontrado gracia a los ojos del Señor... Dios está contigo». El ángel desapareció. La gruta siguió como siempre, pero todo me parecía diferente, más luminoso, más bello.

«Gracias, Dios mío. Gracias infinitas por esta liberación. Gracias por tu bondad con tu siervo. Has vuelto a darme la paz, la alegría, la vida. Así pues, Jesús, María y yo estaremos siempre unidos, fundidos en un solo y gran amor..., en un solo corazón». La tempestad había desaparecido, había vuelto el sol, la paz, la esperanza... Todo había cambiado (J. M. Vernet, *Tu, Giuseppe*, Milán 1997, 128ss [edición española: *Tú, José*, Ediciones STJ, Barcelona 2001]).

Santo Toribio de Mogrovejo

23 de marzo

Toribio nació en Mayorga (Valladolid) hacia el año 1538. Estudió Derecho en Salamanca. Luego, a los 30 años, siendo un laico, fue designado inquisidor mayor de Granada y, a los 40, arzobispo de Lima (1580). Llegado a su diócesis, no vaciló en llevar a cabo la tarea trazada por el Concilio de Trento: celebración de sínodos, reforma del clero, organización misional, erección de parroquias, corrección de las costumbres... Podemos decir que Toribio tenía un solo ideal claro, cristiano: extender en América meridional el reino de Cristo, la salvación de los hombres. No murió mártir, pero encontró la muerte en una de sus correrías evangélicas, estando en la población de Santa, a más de 500 kilómetros de Lima, la capital. Como fruto de su labor surgirá una gran santa: Rosa de Lima, a la que el santo prelado había confirmado. Entregó su alma de misionero a Dios en 1606.

LECTIO

Primera lectura: 2 Corintios 4,1-2.5-7

¹ Por eso, sabiendo que Dios en su misericordia nos ha confiado este ministerio, no nos desanimamos. ² Al contrario, evitamos los silencios vergonzosos, el proceder con astucia y el falsificar la Palabra de Dios. Y ante el juicio que puedan hacer todos los demás delante de Dios, nuestro testimonio consiste en proclamar abiertamente la verdad. ⁵ Porque no nos

anunciamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo, el Señor, y no somos más que servidores vuestros por amor a Jesús. ⁶ Pues el Dios que ha dicho: Brille la luz de entre las tinieblas, es el que ha encendido esa luz en nuestros corazones, para hacer brillar el conocimiento de la gloria de Dios, que está reflejada en el rostro de Cristo.

⁷ Pero este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que todos vean que una fuerza tan extraordinaria procede de Dios y no de nosotros.

➔ Para quien asume la tarea de la predicación como ministerio pastoral específico, estas palabras de Pablo son un ideal: *«No nos anunciamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo, el Señor, y no somos más que servidores vuestros por amor a Jesús»*. Ésta es la tarea fundamental del pastor de almas: *«Hacer brillar el conocimiento de la gloria de Dios, que está reflejada en el rostro de Cristo»*. Y *«este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que todos vean que una fuerza tan extraordinaria procede de Dios y no de nosotros»*. Éste es el ideal que llevó a la práctica con fidelidad santo Toribio de Mogrovejo.

Evangelio: Mateo 28,16-20

En aquel tiempo, ¹⁶ los once discípulos fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había citado. ¹⁷ Al verlo, lo adoraron; ellos, que habían dudado. ¹⁸ Jesús se acercó y se dirigió a ellos con estas palabras:

—Dios me ha dado autoridad plena sobre cielo y tierra. ¹⁹ Poneos, pues, en camino, haced discípulos a todos los pueblos y bautizadlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ²⁰ enseñándoles a poner en obra todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo.

➔ ¿A quién está dirigida esta invitación y mandato de Jesús? Se suele pensar que se dirige sólo a los apóstoles, y, hoy, a sus sucesores: el papa, los obispos y los sacerdo-

tes. Piensan y dicen muchos no clérigos ni sacerdotes o religiosos que la cosa les afecta sólo a ellos, no a nosotros, pobres laicos. Pero, precisamente, éste es un error fatal. Es indiscutible que, en primer lugar, con un deber de testimonios oficiales y autorizados, él envía a los apóstoles, pero no a ellos solos. Ellos deben ser los guías, los animadores de los demás, en la común misión. Sin embargo, afecta a todos los cristianos. Y ésta es la gran tarea que tiene que realizar la Iglesia en este siglo XXI: animar a que los laicos desarrollen plenamente sus carismas.

MEDITATIO

El Concilio Vaticano II nos dice: «Los obispos, como sucesores de los apóstoles, reciben del Señor... la misión de enseñar a todos los pueblos y de predicar el Evangelio a todo el mundo, para que todos los hombres, por la fe, el bautismo y el cumplimiento de los mandamientos, consigan la salvación» (*Lumen gentium*, 24).

Y el *Catecismo de la Iglesia* en los nn. 858-859, nos recuerda que Jesús es el enviado del Padre. Desde el comienzo de su ministerio designó «a doce, a los que llamó apóstoles, para que lo acompañaran y para enviarlos a predicar» (Mc 3,13-14). Desde entonces, serán sus «enviados» [esto es lo que significa la palabra griega *apostoloi*]. En ellos continúa la propia misión de Jesucristo: «Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros» (Jn 20,21; cf. 13,20; 17,18). Por tanto, su ministerio es la continuación de la misión de Cristo: «El que os recibe a vosotros, me recibe a mí», dice a los doce apóstoles (Mt 10,40; cf. Lc 10,16).

Jesús asocia a sus discípulos a su propia misión, recibida del Padre. Y como «el Hijo no puede hacer nada por su cuenta» (Jn 5,19.30), sino que todo lo recibe del Padre que le ha enviado, también aquellos a quienes

Jesús envía no pueden hacer nada sin él (*cf.* Jn 15,5), de quien reciben el encargo de la misión y el poder para cumplirla. Los apóstoles de Cristo saben, por tanto, que están calificados por Dios como «*ministros de una nueva alianza*» (2 Cor 3,6), «*ministros de Dios*» (2 Cor 6,4), «*embajadores de Cristo*» (2 Cor 5,20), «*servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios*» (1 Cor 4,1).

ORATIO

Tú, que has querido acrecentar, oh Señor, la Iglesia mediante los trabajos apostólicos y el celo por la verdad de tu obispo santo Toribio, concede al pueblo a ti consagrado crecer constantemente en la fe y en santidad.

CONTEMPLATIO

La actividad misionera de Toribio, a pesar de las enormes distancias de su archidiócesis, Lima (Perú), de centenares de leguas, y a la dificultad de las ciudades colgadas de picos inaccesibles, aldeas perdidas en los repliegues de los Andes, llegó a todas partes en 16 años de caminatas por valles y montañas, por ríos desconocidos y formidables quebradas. Entraba en los míseros bohíos, buscaba a los indígenas dispersados y huidizos, les hablaba en su propia lengua, les sonreía paternalmente, les ganaba para Cristo. En esto fue como otro san Francisco Javier. Contemplemos su figura y tengámosle presente para imitarle.

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra del Señor:
 «*Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*» (Mt 18,20).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

No hay que olvidar que, al hablar de Toribio de Mogrovejo, estamos hablando de la santidad de un laico que, desde sus años de estudio en el famoso colegio mayor San Salvador de Oviedo, adscrito a la Universidad de Salamanca, era tratado por todos «con la dignidad y el respeto que se muestra a un santo canonizado». Más tarde, tras haber llegado a la treintena y ser nombrado, como licenciado en Derecho Canónico y mientras preparaba el doctorado, inquisidor en el tribunal de Granada, mostró en dicho cargo toda «la augusta madurez que la santidad añade a las bellas cualidades naturales». Durante los cinco años que duró su paso por este importante tribunal fue el inquisidor modelo. Conviene señalar que, como muchos otros, tampoco él envió a nadie a la hoguera.

Las atentas visitas que hizo en el ámbito de su competencia, prescritas por la misma Suprema Inquisición, se extendieron desde los barrios de Granada hasta una docena de ciudades y aldeas de la región. Mas la calidad de su trabajo y su santidad, cada vez más radiante, hicieron que pronto fuera nombrado presidente del tribunal inquisitorial de Granada. No tenía entonces más que 39 años, y seguía siendo laico; no había recibido más que la tonsura. Pero la fama de su santidad había llegado, sin saberlo él, a la corte de España y al mismo monarca.

Fue en la misma Granada donde le llegó, en junio de 1578, un nombramiento-sorpresa: había sido elegido por Felipe II para arzobispo de Lima, la sede más importante de América y la archidiócesis más extensa. La elección del monarca fue confirmada por el papa en marzo de 1579.

Entonces, el interesado se abandonó a esta inaudita promoción por lealtad a su rey y a la Iglesia. Fue preciso conferirle de golpe a nuestro joven laico inquisidor, en unas cuantas semanas, el subdiaconado, el diaconado y el sacerdocio. Consagrarle, a continuación, obispo en Sevilla el año 1580, así como entregarle el *pallium* arzobispal. Llegó a Lima el 11 de mayo de 1581, y también allí se mostró «mucho más como un ángel que como un hombre mortal y perecedero»; dejó una profunda huella en toda la evangelización americana, ofreciéndose en él, en su ex inquisitorial persona, «un raro modelo de santidad y de virtudes».

Tras haber reunido de inmediato el concilio peruano de 1583, del que hizo un verdadero «Trento americano», daría durante 25 años el más perfecto ejemplo de ascesis personal y de entrega sin límites al apostolado...

Más tarde, el concilio plenario de América latina, celebrado en Roma en 1901, lo consagrará, por los siglos, como «la luz más elevada de todo el episcopado americano» (cf. Jean Dumont, *Proceso contradictorio a la Inquisición española*, Encuentro, Madrid 2000, pp. 265-268).

Anunciación del Señor

25 de marzo

La catequesis ha hecho coincidir siempre anunciación y encarnación. Se puede deducir una primera colocación de la memoria de la encarnación en la liturgia de la edificación de una basílica constantiniana sobre la casa de María en Nazaret en el siglo IV. Hay documentación irreprochable procedente del siglo VII de una peculiar celebración litúrgica el 25 de marzo tanto en Oriente como en Occidente.

La reforma del calendario litúrgico romano de Pablo VI restableció la denominación de anunciación del Señor, «celebración [que] era y es fiesta conjunta de Cristo y de la Virgen: del Verbo que se hace Hijo de María y de la Virgen que se convierte en madre de Dios» (*Marialis cultus*, 6).

LECTIO

Primera lectura: Isaías 7,10-14

En aquellos días, ¹⁰ el Señor volvió a hablar a Ajaz y le dijo:

¹¹ –Pide al Señor, tu Dios, una señal en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo.

¹² Respondió Ajaz:

–No la pido, pues no quiero poner a prueba al Señor.

¹³ Isaías dijo:

–Escucha, heredero de David, ¿os parece poco cansar a los hombres, que queréis también cansar a mi Dios? ¹⁴ Pues el Señor mismo os dará una señal: Mirad, la joven está encinta y da a luz un hijo, a quien pone el nombre de Enmanuel.

➔ Ajaz, joven rey de Jerusalén, débil, mundano y sin hijos, ve vacilar su trono a causa de la presencia de ejércitos enemigos que hacen presión en los confines de su reino. ¿Qué puede hacer? Establecer alianzas humanas. Isaías, sin embargo, le propone resolver el angustioso problema confiándose por completo a Dios. Más aún, el profeta invita al rey a pedir una «señal» (v. 11), como confirmación concreta de la asistencia divina en esta delicada situación. Ajaz, sin embargo, rechaza la propuesta con motivaciones de falsa religiosidad: «*No la pido, pues no quiero poner a prueba al Señor*» (v. 12). Isaías denuncia la hipocresía del rey, pero añade que, pese al rechazo, Dios dará esa señal: «*La joven está encinta y da a luz un hijo, a quien pone el nombre de Enmanuel*» (v. 14).

En lo inmediato, las palabras del profeta se refieren a Ezequías, el hijo de Ajaz, que la reina va a dar a luz y cuyo nacimiento fue considerado, en aquel particular momento histórico, como presencia salvífica de Dios en favor del pueblo angustiado. Sin embargo, yendo más al fondo, las palabras de Isaías son el anuncio de un rey Salvador. En este oráculo de una «virgen que da a luz» la tradición cristiana ha visto desde siempre el anuncio profético del nacimiento de Jesús, hijo de María.

Segunda lectura: Hebreos 10,4-10

Hermanos: ⁴ es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados. ⁵ Por eso, al entrar en este mundo, dice Cristo:

*No has querido sacrificio ni ofrenda,
pero me has formado un cuerpo;
⁶ no has aceptado holocaustos
ni sacrificios expiatorios.*

⁷ *Entonces yo dije:
Aquí vengo, oh Dios,
para hacer tu voluntad.
Así está escrito de mí
en un capítulo del libro.*

⁸ En primer lugar dice: *No has querido ni te agradan los sacrificios, ofrendas, holocaustos ni víctimas por el pecado*, que se ofrecen según la ley. ⁹ Después añade: *Aquí vengo para hacer tu voluntad*. De este modo anula la primera disposición y establece la segunda. ¹⁰ Por haber cumplido la voluntad de Dios, y gracias a la ofrenda que Jesucristo ha hecho de su cuerpo una vez para siempre, nosotros hemos quedado consagrados a Dios.

➤ La perícopa está separada de su contexto. Éste intenta demostrar que el sacrificio de Cristo es superior a los sacrificios del Antiguo Testamento y convencer de ello. El autor de la carta relee ante todo el salmo 39 –empleado por la liturgia de hoy como salmo responsorial– como si fuera una declaración de intenciones del mismo Cristo al entrar en el mundo, o sea, cuando tomó carne y vino a habitar en medio de nosotros (*cf.* Jn 1,14), es decir, en el acontecimiento de la encarnación. Y ésa es la actitud obediencial peculiar del pueblo de la antigua alianza y de todo piadoso cantor del salmo, a saber: la de un total «*aquí vengo para hacer tu voluntad*».

La encarnación como actitud obediencial se lleva a cabo el día de la anunciación del Señor a María. El día del anuncio empieza la peregrinación mesiánica finalizada con la donación del cuerpo de Cristo como sacrificio salvífico, nuevo e innovador, único e indispensable, que se completa en «el sacrificio de la cruz».

Evangelio: Lucas 1,26-38

En aquel tiempo, ²⁶ al sexto mes, envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, ²⁷ a una joven

prometida a un hombre llamado José, de la estirpe de David; el nombre de la joven era María. ²⁸ El ángel entró donde estaba María y le dijo:

–Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo.

²⁹ Al oír estas palabras, ella se turbó y se preguntaba qué significaba tal saludo. ³⁰ El ángel le dijo:

–No temas, María, pues Dios te ha concedido su favor. ³¹ Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. ³² Él será grande, será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, ³³ reinará sobre la estirpe de Jacob por siempre y su reino no tendrá fin.

³⁴ María dijo al ángel:

–¿Cómo será esto, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?

³⁵ El ángel le contestó:

–El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios. ³⁶ Mira, tu pariente Isabel también ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que todos tenían por estéril; ³⁷ porque para Dios nada hay imposible.

³⁸ María dijo:

–Aquí está la esclava del Señor, que me suceda según dices. Y el ángel la dejó.

➡ La autobiografía constituye una clave de lectura de la perícopa: Lucas, cronista esmerado y atento oyente de los protagonistas, ha recibido probablemente confidencias de María y las ha traducido en mensaje evangélico. En el diálogo entre Dios –por medio del ángel Gabriel– y la muchacha de Nazaret resalta un rasgo esencial: la relación viva entre lo divino y lo humano. Semejante relación se desarrolla como un recorrido en el que la propuesta de lo alto se va dilucidando poco a poco, porque el mensajero respeta –en una persona humana como la muchacha de Nazaret– el carácter gradual de la comprensión de un proyecto inesperado como fue la maternidad mesiánica, transversal a su pro-

yecto o situación del momento, que era la virginidad. La persona humana –María, la virgen prometida como esposa a José– se asoma a este recorrido y entra progresivamente en él, en la conciencia del mensaje, que pretende secundar haciéndose disponible y adecuando a él su propio proyecto personal. La firma del acuerdo relacional entre María y Dios es el disponible «*aquí está la esclava del Señor*» (v. 38).

MEDITATIO

La perícopa lucana resuena en la inmensa mayoría de las liturgias marianas. Su puesto óptimo es precisamente la liturgia de la anunciación. Esta palabra parece un tanto desusada, y la liturgia la conserva tal vez para acentuar la aureola de solemnidad y misterio de un acontecimiento ciertamente único, irrepetible en su sustancia, insólito.

Concentremos nuestra atención en las dos últimas lecturas, que se aproximan en un estupendo paralelismo. En la Carta a los Hebreos, el hagiógrafo requiere o interpreta el anuncio de Cristo; en Lucas, el evangelista narra el anuncio a María. Cristo toma la iniciativa de declarar su propia intención; María recibe una palabra que viene de fuera de ella y está repleta de las peticiones de Otro. El paralelismo se transforma en coincidencia en la explicitación de la disponibilidad de ambos para cumplir la voluntad divina; disponibilidad separada por la calidad y la cantidad de conciencia, pero convergente en la finalidad de la obediencia total al proyecto de Dios.

La actitud obediencial aproxima ulteriormente a la madre y al hijo, María «anunciada» y Jesucristo «anunciado»: ambos pronuncian un «aquí estoy»; ambos se expresan con casi idénticas palabras: «Hágase según tu

palabra», «vengo para hacer tu voluntad»; ambos entran en la fisonomía de «sierva» y de «siervo» del Señor. Esta sintonía anima a todo discípulo a la disponibilidad en el servir a la Palabra de Dios, porque el Hijo mismo de Dios es siervo y porque la Madre de Dios es sierva, y ambos lo son de una Palabra que salva a quien la sirve y que produce salvación.

ORATIO

¡Salve, santa María, humilde sierva del Señor, gloriosa madre de Cristo!

Virgen fiel, seno sagrado del Verbo, enséñanos a ser dóciles a la voz del Espíritu; a vivir en la escucha de la Palabra, atentos a sus llamadas en lo secreto del corazón, vigilando sus manifestaciones en la vida de los hermanos, en los acontecimientos de la historia, en el gemido y en el júbilo de la creación.

Virgen de la escucha, criatura orante, acoge la oración de tus siervos.

CONTEMPLATIO

La página evangélica del anuncio a María atestigua el estilo con el que Dios se hace adelante para proponer y pedir disponibilidad a la persona humana, o sea, al diálogo.

El diálogo evangélico se desarrolla en la forma del don. El don de la alegría («*Alégrate, María*»): la Palabra de Dios ofrece alegría. El don de la gracia («*llena de gracia*»; «*has hallado gracia*»). El don del aliento («*no temas*»): la delicadeza de Dios disuelve el miedo a él que revela un rostro misericordioso, el miedo a su comprometedor palabra. El don de la vitalidad («*concebirás y*

darás a luz un hijo»): el hijo es señal de vida y de futuro, exigencia de custodia y de servicio, responsabilidad con la vida. El don del Espíritu («*el Espíritu Santo descenderá sobre ti*»): es el primer pentecostés de María, y el Espíritu le indica la intención de posesión y custodia de parte de Dios, la demanda de colaboración. El don de la fe («*porque nada hay imposible para Dios*»): palabra final, llave que abre la disponibilidad consciente.

ACTIO

Repite y dirige hoy a los hermanos y hermanas el saludo evangélico:

«*El Señor esté contigo*» (cf. Lc 1,28).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Al anuncio de que Dios salva, nosotros también podemos responder, como María, con el *fiat*, «hágase». Pero ¿hágase qué? Cúmplase en mí, pero ¿qué cosa? Cúmplase en mí la fe: que yo pueda creer. Creer que desde hace miles de años Dios está en busca del hombre [...]. Fe en que Cristo es carne de esta carne nuestra, destino de nuestro destino; que él es aquí, apacible y poderosa energía; que él está más allá, horizonte y destino y flauta que nos llama a otro lugar, y que con esta fe también nosotros podemos ser, al menos por un momento, casa de Dios, llenos de gracia al menos por un momento; que también nosotros podamos oírte decir: yo estaré contigo por donde vayas. El ángel nos repetirá entonces a cada uno las tres palabras esenciales: alégrate, no temas, también en ti va a nacer una vida (E. M. Ronchi, *Dietro i mormorii dell'arpa*, Sotto il Monte 1999, pp. 35ss).